

Oceanía de Valparaíso

(Fragmentos)

PABLO DE ROKHA*

Cuando lloraban todas las campanas de las aldeas de la adolescencia la
defunción del Siglo Viejo contra el Siglo Nuevo y, atardeciendo,
los primeros versos de los primeros besos a las primeras hembras de la tierra,
echaban,
por encima de la vastedad finisecular, una gran bruma marina en el corazón

*El autor es uno de los grandes poetas chilenos. Nació en Licantén (Curicó) en 1894 y falleció en Santiago en 1968. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1965. Escribió una cantidad impresionante de obras, entre otras *Los gemidos* (1922), poemas en verso y en prosa; *Heroísmo sin alegría*, ensayos; *Escritura de Raimundo Contreras*, poemas; *Gran temperatura*, *Morfología del espanto*, *Genio del pueblo*, *Estilo de masas*, *Rugido en Latinoamérica*, *Idioma del Mundo*, todos poemas; *Jesucristo*, *Arenga sobre el Arte*, ensayos; *Mis grandes poemas*.

En el libro *Escritores chilenos* (Edit. Arancibia Hnos., 1979), Luis Merino Reyes dice que su "poesía es turbulenta, de fuerte goce oral, pantagruélica", de un vigor tempestuoso. Estudió primero en el Seminario de Talca, donde aprendió latín; luego en Santiago estudió Ingeniería y después Filosofía. Orientado hacia las luchas sociales y al asumir una determinada posición ideológica, De Rokha mezcla en su poesía todos los elementos que contribuyeron a su formación intelectual. Entre sus desahogos líricos de gran belleza inserta esas imprecaciones que le dieron notoriedad. Al polemizar con desbordante energía llevó "la injuria más allá de la barrera del sonido". No obstante, dejó una obra perdurable. Su nombre civil era Carlos Díaz Loyola. Premio Nacional de Literatura 1965.

estupefacto por la angustia de sentirse irreparable,
conviví tu clamor nacional-internacional, puerto del mundo,
como el escalón del pabellón ensangrentado de la piratería, con la calavera
aventurera, pasajera e inmortal, arañando los mausoleos ultrama-
rinos...

Tienes del hombre las barbas acuarias y huracanadas y el quejido
monumental de los océanos psicológicos, que son estatuas antiguas
sentadas arriba o abajo de la tormenta,
te pareces inmensamente a tu retrato de espanto innumerable, copiado en
los testamentos oceánicos,
o acaso a la parición del mundo, eternamente sucedida, eternamente renova-
da, eternamente repetida, como el formidable y antiquísimo oleaje
de las multitudes y las muchedumbres hambrientas,
que se orientan como un Capitán de Altamar, y tu estatura de cordillera
arquitectónica, de Andes enorme, de flor-peñasco y quebradas de
leona de remonta,
da la manera y el comportamiento a todas las bahías y a todas las sirenas de
los transatlánticos, que traen ciudades con amor y con dolor en las
bodegas o en los camarotes lujosos y miserables;
los asnos cargados o los caballos ensangrentados y acuchillados de menestras
y de flacura, siempre subiendo los tremendos cerros,
los cerros tremendos de la población encadenada a la miseria, que son la
cabeza infernal de Valparaíso, la prostitución borracha y mal
pagada de los aventureros sórdidos, te afeita la cara nocturna de
mujeres y homosexuales,
rememorando el comercio de ganados y el comercio de esclavos de degolla-
dero de la antigüedad fenicia, sirio-caldea, egipcia y judía o jóni-
co-mediterránea,
y un dios guillotinado, pateado, "cogoteado", preside en callejones y
encrucijadas de contubernio y escarmiento vil, la estética contra-
dictoria y terrible de tu emoción lírica.
o épica de navío en mares sociales, caído y sin brújula, pero inmensamente
bello, tenebrosamente bello, amargamente bello, porque como
integras un cosmos tentacular-universal, tu estatura de gigante
sublevado, sobrepuja todas las escalas de valores, desde las capita-
nías heroicas, al sublime y horrible infierno del sub-hombre de
panteón, o cae rodando mundo abajo.

O los "porteños" son todos marinos, o los marinos son todos "porteños",
o las marinerías dan la tónica a la fisonomía litoral, a las iglesias, a

los prostíbulos, a las tabernas, a los patíbulos, al sol, a las cocine-
rías, a las pescaderías, a las borracherías, a las niñas bonitas que
parecen damajuanas de porcelana azul o guitarras o botellas de oro o
tinajas de los abuelos, los bisabuelos, los tatarabuelos de Pomaire,
acumuladas en la tonada nacional, el mar, el mar, el mar de
Valparaíso, camina por los barrios y las bodegas, tutéandose, de
hombre a hombre, con los trabajadores portuarios o los nortinos
licoreados que "andan en tomas", y las ropas tendidas son banderas
o "claveles del aire" en los cordeles del proletariado creador de
hogares, los cachureos-comercios ardiendo y saliendo de lo oceáni-
co tentacular de tu escultura, como de los zargazos y los naufragios,
o de antiguas batallas perdidas,
y los Mercados son puertos navieros del barrio de "El Cardonal" o de "La
Aduana", anclados y atravesados de puñaladas, canciones y emigra-
ciones.

Te pateó el resplandor de antaño la matonería imperial del yanqui
cuatrero o negrero, la cual se ensucia precisamente linchando,
ahorcando, apuñalando o ancianos o niños de color o mujeres de
color, o viejos de color, o soldados "americanos" de color, en
discriminación nacifascista, linchando héroes y mártires del pueblo
de color, linchando la flor de la ciudadanía que es aquella perla
inmensamente negra, mal llamada de color, a la cual Lincoln le
arrancó las cadenas del esclavo, y la cual creará *la gran Norteamérica
mulata de mañana*,
y sus cañones ensangrientan y dan vergüenza a la bandera provincial,
goteando con espanto colorado y enorme
a las generaciones, echando un baldón de sudor macabro de crucificado entre
tres puñales, encima del pecho del genio popular, y ensangrentan-
do lo ensangrentado popular, y todavía da infinita y amarilla
desolación a las tonadas, el bombardeo de la España imperial,
podrida, que asesinaba a cuchilladas de bandido y por la espalda, no
de soldado del Cid arcaico y heroico,
arremolina una gran hoja marchita en tus recuerdos irremediables de urbe
sufriente o grandiosa, Valparaíso, pero el corvo del roto *managuá*,
navegado y pateado en el padecimiento, como los vinos antiguos,
brillando como el sarcasmo del andrajo en el imperialismo,
ha vengado la ofensa de la Gran Bestia Burguesa de Iberia, con destripa-
miento de gangsters, pistoleros y explotadores de menores de edad
o sucios esbirros enmascarados en apostolados simoníacos, o bandi-

dos franquistas, contrabandistas y ladrones vestidos de obispos sin sotanas, vestidos de mariscos de las profundidades solares, en gigantes cueros de hiena, canción-puerto-mayor de Chile.

Todos los caminos de todos los destinos de la tierra van a dar al mar, Valparaíso.

¡Oh! "Pancho" querido, "Pancho" Valparaíso ¡oh! "Pancho" florido de tabernas y cementerios marinos, emergiendo por adentro de tu juventud antigua, desde Playa Ancha al Almendral, cruzando las "estoicas" y "heroicas" filarmónicas del putañerismo y la "naipada" de "Rey" y "Sota de Bastos" o rayuela, en las que se emborrachaba con tremendo ron falsificado el pobrecito indio desteñado y colosal.

Rubén Darío, y Baroja las canoniza, como a entidad de santidad, liturgia o mito trágico, parido de garitos o de clubes sociales donde se come, entonces la rica prieta fina como pierna de mujer, florido de grandes, hermosos bares de sangre inglesa, o cuáqueros, o católicos-apostólicos-romanos, como pingajos de sol cogoteado, podrido de garitos,

con la botillería puteada o baleada por gringos dopados con alcohol oceánico, cargados y acuchillados de asesinatos, con toda la niebla de Londres en el sombrero de pellejo de las Colonias y la Biblia teñida con las aortas rotas, otrora, del gran Imperio de la Winchester que nacía descalibrado o echando baba o roña como bajo e internacional palo de gallinero,

los costillares de los ascensores van, como los jamelgos sobrecargados, subiendo y crujiendo, cerros-arriba o se suicidan en las plataformas, a deshonra retronadora,

cuando los borrachos póstumos, entre los últimos de los últimos de los últimos borrachos, trastabillean con la abeja de la chicha bendita en el guargüero, brindando como chivatos por la inmortalidad de los toneles o la Petita Bastidas, tan bonita

como tetona y remoledora, sacando su machete de entre los colchones, y la población obrera, agarra siquiera un pejesapo ligeramente derrotado y lipiriento, que estaba enamorando a una pescada ensombrecida de gran miseria social,

o a una cholga rubia, pintada, oxigenada, tallada a máquina en recio mármol negro,

o, acaso, cochayuyo en libertad, de extramuro, u ondulatorio, o alguna chalcha o guata profunda de comprensión de los explotados y los expoliados de la nación chilena y de la tierra entera, que es ajena, como cabeza de arcaico sol asesinado,

la echa a la "olleta", del tiempo auroral de Vicente Pérez Rosales, José Santos Ossa o Diego de Almeida, los pioneros atacameños, y se agarra a bramar y a llorar a la memoria de Esquilo.

La Belleza catastrófica ciñe tus sienes áureas, y lo contradictorio expresándose en edades tentaculares, estalla en aquellos inviernos inmensos del huracán tragicodramático de la bestialidad de la eternidad que sujeta las riendas de la historia, como un jinete a un potro, y tú, Valparaíso, te yergues, valiente, colosal, sobre tu nombre de arena innumerable.

El afuerino, o rancagüino o licantenino o ariqueño o vichuquenino o antofagastino o iquiqueño o maulino o valdiviano o curillancano o pocoano o chilote o magallánico o chillanejo o talquino o linarense o temuquense o sanclementino
ensilla el mar, tu mar, el mar humano y desaforado de Valparaíso, contorneándose, borneándose, amarditándose como los barcos cargados de toneles o de fusiles, porque abordó tu condición de camaradería y fue porteño, lo bautizó con lindo vino tinto el alma caliente de los bodegones y los "piguchemes" y los malecones de "la Mar Salada", y la ciudadanía litoral, hospitalaria y rotunda, le ondula a la manera inmortal de las banderas;
gran ciudad popular, Valparaíso, un cinturón de ventarrón aprieta tus riñones de fuego o de hierro, tal como las espadas o la faz sudada y varonil de tus estibadores,
y tú sonríes de sentirte acometido como un toro en las épocas, o echando gran espuma de océano en océano, pronuncias una arenga continental desde "la Plaza de la Victoria", y "el Dique Flotante".

A la bahía ultramarina e internacional, las sirenas dan la anchura de las ballenas en cardumen, con ámbito ecuménico,
o escarban el horizonte de conmociones públicas, en donde el héroe total expone su pellejo a los asesinos, y el siniestro mercader mugriento especula con la comida, cuando en "Los Siete Espejos", arrecia la tormenta de bofetadas, arrecia la tormenta de señoritas someramente prostitutas, arrecia la tormenta de puñaladas
y puntapiés, hasta la cachimba de remoladores, que son trasnochadores náufragos, en la resaca del "turismo con cuchillos" o putos inmundos,
qué enormemente, qué sabrosamente, qué famosamente, qué inmensamente se comían los choros asados o crudos, en limones irreparables,

con portuarios de tierra adentro que reeditaban un antiguo poeta-fantasma, caído al mar, como "Toribio el náufrago", con su botellón rumoroso de matapiojos y su mitomanía de aventurero celestial, entonces,
 tan allá, por "la taberna de Pedro el Cazador", entonces, en "El Mesón del Parrón", o en la Gran Posada sin alojamiento,
 o llamada o apellidada "Restaurant de El Pajarito", en donde se comen, hogaño, los ricos hocicos de ternera, bien picantes y licoreados, los parroquianos parece que vienen saliendo de un Entremés de Miguel de Cervantes, el tomador más garañón de España, o de un poema de Quevedo, o cuando yo, antaño del antaño, del antaño,
 o navegándonos la juventud perdida con la querida mujer que fue Winett, acumulada en los pequeños hijos traviesos como la gaviota o la calandria, y sus poemas universales,
 subía yo, conmigo, yo subía, azotándome por adentro del invierno descomunal, "Caleta del Membrillo", arriba, "Caleta del Membrillo", arriba, "Caleta del Membrillo", por la escalera huracanada cargando el pan de la familia empobrecida en la heroicidad oscura y amarga de la creación de *la gran literatura*, o me echaba bramando barranca abajo, entre la gente madrugadora de aquellos tus barrios obreros, barranca abajo, Valparaíso, buscando el recaudo del mercado familiar y el familiar atuendo de tormenta y de rodaja de tormenta, en los tenduchos y las lanchas pesqueras, barranca abajo, o los pequeños botes tremendos del pobre héroe *dramático y volcánico* de las faenas oceánicas;
 como lo humano todo, eres complejo, heterogéneo, eres diverso en la unidad paisaje-mundo-viviente, poblador cosmopolita, campeón sin campeonato y cuaderno de bitácora, viajero, transeúnte, eterno, trashumante e inmóvil, porque te pareces a una ínsula de peones del mar y de navegaciones, y a una escuadra de guerreros del comercio y la especulación mercantil, a una catedral roja de hipnotizador o profeta, que aterriza
 y agarra las almas, eres el contralor del esplendor y que expeles como llama de lava volcánica, y su esclavo, tu esclavo de tu mismo vórtice, bahía de bahías, y cuando estiras la divina mano herida a "Viña del Mar", se te florece un pájaro en la cara y un copihue rojo en toda la boca, puerto con truenos y zorzales, puerto con perros
 o gallos ladrando por la querida vecindad antiquísima de tu Camino de Cintura, con la sensación de Las Montañas de Vergara en el perímetro de gárgola.

Pintoresquismo no, dramatización de la existencia, tú, Valparaíso, borrachera de la existencia, cabellera de la existencia, escalera de la existencia y drama rugiente, que excluye todo lo superfluo y lo retórico-poético, contra el destino, por el estilo de saberse fuerte, consciente y atrabiliario como los viejos guerreros muertos por degüello.

La oceanografía no es tu régimen, lo es la cantidad oceánica, la cual da la calidad oceánica, transformándose y ordenándose y superándose en tu estupendo poderío espantoso, como un "Dios" decapitado, como un atáud que se parase de repente y se pusiera a gritar y a llorar como un tomo de poemas, solo, y el "roto choro", o nortino o sureño, enriquecen tu capitanía azul, de metal cósmico.

No soy mediterráneo, soy costino, licantenino, "criado y nacido" en Licantén, a las riberas de Iloca, en la heredad familiar patriarcal, hoy por hoy mordida de granujas "tinterillentos", con Vichuquén, pueblo de vinos, pueblo de brujos, pueblo de siglos, a la espalda, por eso entiendo tu idioma catastrófico, tu idioma-sol-marino, tu idioma parabólico y continental, a tanta altura y por adentro de la tierra, aunque comprendo que me voy volviendo piedra, ¡oh! Valparaíso, cuando los años-gusanos, los años-pájaros de presa, los años-pescados, se coman las cosas, arañándolas y escarbándolas con las mandíbulas despedazadas, tú y yo, saliendo del espectro natural de las generaciones nos iremos desarrollando, creciendo, es decir, viviendo y muriendo simultáneamente, sirviendo de espanto al ser humano, a la humanidad futura arreciada de alegría como una gran montaña en flor, a las muchedumbres y a las multitudes felices, o convulsionadas, horrorizadas, acumuladas de estupor, contradiciéndose, cantando y llorando un mismo idioma, como y todo lo que existe y habita, agonizando, en las ciudades y en los poemas.

Tienes el vientre aullado por barcos náufragos, arrasados y quemante de emigraciones y aventura, herido y melancólico de botella y de banderas, rojo como todo lo heroico y ensagrentado de la historia.

Como los toros o como los potros,
retozas en lo dionisiaco dinámico, telúrico, titánico, lacustre de costumbres
u oceánico, agua del agua amarga o río antiguo.

Valparaíso, ciudad de aluvión, estupefacta y cosmopolita, esplendor
del basural del mundo-mundo-mundo,
pujante de saberte inconcebible, enigmática, incorruptible,
pisando abismos deshechos, trágica, catastrófica, apoyándote en pilares de
puñales,
no académica y no apolínea,
toda la gracia magistral, tan grávida como la esposa embarazada y tan pálida
flor de relojerías
como el lomo de precisión de los aviones,
y en la cual las carretas agropecuarias aroman el recuerdo de alfalfa y de
fantasma, por el antiguo, real "Decreto del Infierno", rota y sola
sumando la multitud de las potencias oceánicas,
tú y tu historia de honor y de dolor humano, están a la cabeza de las
contradicciones, contra las contradicciones y su enigma, enarbo-
lando de banderas negras aquella remota grandeza que maneja, mar
afuera-mar-afuera su ataúd internacional como un transatlántico,
y un pirata blanco y negro simultáneamente, araña tus artesanías con el
cuchillo de Hawkins, de Cavendish, de Gerritz, a bala mordida.

En ti nacieron, crecieron, murieron, gentes de pelo en pecho y mandí-
bula gran carnívora, como yo mismo y mis antepasados:
engrandeciendo tus tabernas, se emborrachaba la personalidad corsaria y
filibustera
del antiguo gringo en vino William Wheelwright, "caballero de industria",
bucanero y "bussines man", hijastro de Yanquilandia y nietastro de
Inglaterra contra Inglaterra, espejo de acero negro de Europa en
Norteamérica,
creador de gran riqueza y gran miseria capitalista, por compraventa del
trabajo asalariado,
hombre grande, no grande hombre del medio social de su época, del grupo
social, como banquero, como industrial, como pionero de vapores
y ferrocarriles
y negocios de dinero, por Copiapó-Caldera abajo o Santiago a Valparaíso;
y Lord Cochrane, Gran Capitán-Almirante de los océanos oceánicos, y el
primer chileno del archipiélago de Gran Bretaña entre los espada-
chines, los usureros, los emperadores, los bucaneros o los aventure-
ros de Shakespeare,

liberta a Valdivia y se toma El Callao al abordaje, como un litro de médulas
de aguardiente inconcebible, mordiendo la navaja que degüella las
cabezas de la niebla, conduce "esas cuatro tablas" de los destinos
americanos, del O'Higgins clásico y democrático de entonces, del
O'Higgins que intuyó la dirección continental de Latinoamérica,
del O'Higgins de las logias inglesas,
¡oh! Puerto inmenso, ¡oh! Puerto acerbo, ¡oh! Puerto egregio, la Cruz del
Sur, Valparaíso, te alumbra la figura, como una gran lámpara.
Valparaíso, te levantas por encima de los siglos de los siglos de los
siglos,
solo, resplandeciente, roto, destruyéndote y construyéndote en el filo de los
abismos y los peligros de los abismos, a la orilla del mar del cual
vinieron los tatarabuelos de la humanidad...

